

fue ratificado por ambos Gobiernos. En el punto quinto de la entrevista de Marcalá se recomendaba eliminar los problemas a que da lugar el movimiento migratorio entre las dos repúblicas.

La puesta en práctica de este acuerdo migratorio, junto con la vigilancia conjunta en las zonas de fricción (una vez establecidos en cuanto sea posible unos límites estables) podrían ayudar a evitar en el futuro problema semejantes.

COMO SERÁ LA ESTRUCTURA DE LA IGLESIA DEL FUTURO, SEGUN MONS. ILLICH.

Mons. Iván Illich, que dirige el "Centro Intercultural de Documentación" de Cuernavaca (Méjico), ha publicado en la revista "Siempre" de Méjico (12 Jul. 1967) un artículo titulado "El clero, una especie que desaparece", artículo que se ha reproducido posteriormente en el folleto 67/19 de la serie "CIDOC", que también él dirige.

Aunque estamos ya acostumbrados a su manera de escribir, a su estilo explosivo y de crítica radical y negativa (véase lo que declaraba en la revista "América" de 25 de Marzo de 1967 sobre la equivocación de los católicos americanos, en la manera de ayudar a la Iglesia de Latino América), no ha dejado de causarnos profunda sorpresa el contenido de esta su declaración, en la que más que dedicarse a probar su afirmación de que el clero desaparece, nos da los lineamientos de lo que será —en su opinión, naturalmente— la Iglesia del futuro.

Parte del supuesto (que no prueba) de que el clero está en trance de desaparecer. Los sacerdotes desertan de la Iglesia, no por sentirse atraídos por el espíritu mundano, sino por hallarse convertidos en burócratas ("La Iglesia Romana —dice— es el organismo burocrático no gubernamental, más grande del mundo"), por sentirse impreparados para las tareas que se les asignan y por sufrir bajo la férula medieval de los Obispos un control restrictivo inaceptable. Ello no le preocupa, ya que a su juicio será un bien la supresión de un sistema burocrático gigantesco, que constituye un lastre feroz para el futuro desarrollo de la Iglesia.

Como este motivo vale para todos y cada uno de los sacerdotes, Mons. Illich no hace excepciones ni distingos en los motivos de los que se van. Para él, por lo visto, no hay apenas —fuera de algunos monjes-quijotes— idealismo ni ansias de ayudar espiritualmente a sus semejantes en las filas de ese inmenso ejército de curas burócratas, que Roma se esfuerza en retener y en aumentar a todo trance.

Por lo demás este esfuerzo, además de no prosperar, va a resultar inútil, porque esta burocracia poco tendrá que hacer en la Iglesia del mañana, que él describe como reducida a pequeños grupos de diáconos casados que se reunirán en casas particulares y que harán innecesarios los templos actuales.

Admite, con todo, que queden algunos sacerdotes para presidir estas reuniones y que deberán elegirse, lo mismo que los Obispos, de entre

los monjes modernos, los cuales a madura edad renunciaron al matrimonio. Porque Mons. Illich no es partidario de que se ordenen de sacerdotes los diáconos casados.

Es evidente que los Seminarios resultan innecesarios, pues forman a jóvenes para una profesión llamada a desaparecer. (Suponemos que aquí incluirá también a su "Centro" de Cuernavaca). Tampoco sirven de mucho los "retiros espirituales", destinados a reconfirmar al clérigo en una organización destructora de su libertad. Esta idea de liberar a los sacerdotes de toda obediencia a la Jerarquía constituye una obsesión para él y se repite en diversas formas a través del escrito que comentamos. Pero si les excita a la rebelión, lo hace para que puedan así convertirse en pioneros de la Iglesia del futuro, la cual requiere hombres "profundamente fieles a la Iglesia".

"Necesitamos —dice en la pág. 9— de sacerdotes que abandonen las filas del clero sin abandonar su celibato para convertirse en pioneros de la Iglesia del futuro, de sacerdotes que dedicados con amor y fidelidad a la Iglesia, se arriesguen a la incomprensión y a la suspensión, de sacerdotes llenos de esperanza, capaces de tales acciones, sin llegar a convertirse en duros y amargados, de sacerdotes que deseen vivir hoy día la vida ordinaria del sacerdote del mañana". En suma: su Iglesia será una Iglesia sin curas dependientes de la Jerarquía.

Los religiosos tampoco subsistirán, porque "la era de las congregaciones religiosas ha pasado" (pág. 8). Y en cuanto a las monjas, su suerte no será mejor que la de estos. Muchas de ellas se han dedicado en EE. UU. a sacar sus doctorados, para no tener que "depender más del tradicional trato privilegiado" que se les daba en la Iglesia. "Muchas de estas monjas doctoradas —dice en la pág. 8— se percataron de las ridículas restricciones que se les imponían por parte del pensamiento clerical y a sus instituciones por parte del control eclesiástico". Y añade: "Para poder vivir una carrera con autenticidad, muchas se vieron en la inevitable necesidad de abandonar sus comunidades". "Otras decidieron luchar para liberar a sus instituciones del control represivo y destructivo de una autoridad incompetente. Las primeras fueron consideradas como desertoras, las segundas como subversivas". (pág. 8).

De su razonamiento se deduce que las monjas que quieran ser útiles a "la Iglesia" deben,

como los sacerdotes, prescindir de toda obediencia a esta.

Renunciamos a continuar las citas, aunque podríamos traer otras tan extraordinarias como estas. Pero si alguno de nuestros lectores dudara de su autenticidad, puede pedir un ejemplar del escrito en cuestión a Cuernavaca y seguramente que se lo remitirán con mucho gusto.

Crítica de la Iglesia del futuro propuesta por Mons. Illich.

Es evidente que muchas instituciones de la Iglesia Católica están pasando por una fase de evolución que las haga más aptas a nuestros tiempos, y en ello no se hace sino seguir las normas del Vaticano II.¹ Pero se trata de una evolución y no de una "revolución". Es también evidente que la Iglesia no desaparecerá. "La completa desaparición de su estructura visible —reconoce Mons. Illich— está en contradicción con las leyes sociológicas y con el mandato divino". Más bien diríamos nosotros que está en contradicción con la "promesa divina".

Pero lo que no es tan evidente es que las reformas que sugiere Mons. Illich y que él denomina "posibles cambios sólidamente enraizados en los orígenes mismos de la Iglesia y audazmente orientados hacia las necesidades de la sociedad del mañana", sirvan para que la Iglesia "responda mejor al llamado de Dios y al hombre contemporáneo".

El poner el futuro de la Iglesia en manos de laicos casados, independientes de toda sujeción y obediencia a una autoridad superior, lo mismo en la doctrina que en el modo de actuar, atomizaría al actual Pueblo de Dios, reduciéndolo bien pronto a una serie de grupos y grupitos totalmente diferenciados en su fe y en sus prácticas cristianas y daría al traste con la unidad necesaria para que continúe existiendo esa Iglesia visible a la que Mons. Illich quiere regenerar. "No recomiendo —dice— cambios esenciales en la Iglesia y menos aún sugiero su disolución". ¿Cómo podría Mons. Illich evitar esta disolución, a pesar de que los cambios que él recomienda no los considera "esenciales"?

¿Quién ofrecería el santo sacrificio en tantos centros dispersos, si apenas quedarían sacerdotes? ¿Quién absolvería de los pecados para poder recibir en gracia de Dios la Eucaristía?

Ni en el Evangelio, ni en la tradición eclesiástica, en que se apoya la constitución de nuestra Madre la Iglesia Católica, se puede hallar nada que respalde las peregrinas reformas propuestas!

Y en cuanto al ahorro de personas y de dinero. Estos diáconos casados, a quienes se confiaría el Pueblo de Dios, constituirían un nuevo ejército, tan burocratizado como supone Mons.

1.—Véase en este mismo número de "ECA" el artículo de Juan Sobrino "¿Crisis en la Iglesia?".

Illich que lo está el de los actuales sacerdotes, y tendríamos en fin de cuentas la sustitución de una burocracia por otra más numerosa, ya que estos sólo dedicarían al "ministerio" una parte de su tiempo, y peor preparada por su menor formación.

Mons. Illich considera que "el 90% de los actuales empleados de la Iglesia (así llama a los sacerdotes) saldría sobrando y se ahorraría mucho más del 90% del dinero que ahora se gasta en ellos". No sabemos con qué fuente misteriosa de abnegación y de heroísmo cristiano cuenta Mons. Illich para que estos sustitutos del ejército de "curas" actual, lleguen, no sólo a trabajar mucho en pocas horas (ya que deberían continuar atendiendo a sus profesiones de hombres civiles) sino a sacrificar voluntariamente su tiempo y sus intereses en aras del "servicio evangélico". Fuera de unos pocos idealistas, la mayor parte acabarían por cansarse de trabajar gratis y dejarían sus "servicios", o exigirían por ellos una remuneración conveniente para sí y sus familias, con lo que se daría al traste con los ahorros que se promete conseguir Mons. Illich. El ejemplo del rigor con el que nuestros hermanos separados deben pagar sus diezmos y otras gabelas para el culto evangélico y para la cóngua sustentación de sus "pastores", pudiera servir de experiencia y de orientación también en este punto de su reforma, a Mons. Illich.

Finalmente, admitiendo que estos diáconos casados puedan conservar la religión de los grupos de cristianos instruidos en los países de antigua cultura cristiana, ¿serían ellos también los encargados de formar a las nuevas generaciones, instruyendo a los jóvenes en la fe? ¿Se ofrecerían en número suficiente a la labor de extender esta fe en regiones menos evangelizadas, como nuestra América Latina? ¿Se decidirían a establecerse entre los pueblos paganos e incivilizados, como lo hacen hoy tantos Misioneros y Religiosos? ¿Cómo se proveería al mandato del Señor "Predicad el Evangelio a toda criatura"?

Si es lamentable que un sacerdote y prelado de la Iglesia Católica discurra de este modo, no sólo es lamentable sino peligroso en demasía el que así lo haga quien está puesto al frente de una institución destinada a formar a los sacerdotes y religiosos que envía EE. UU. a trabajar en los diversos campos de apostolado en América Latina. De ser Mons. Illich consecuente con su manera de pensar, debería presentar muy pronto su dimisión y abandonar la dirección del "Centro Intercultural de Documentación", que está destinado a desarrollar un sistema tan inconveniente para la Iglesia del futuro.

Pero si no lo hace, y continúa en Cuernavaca sus actividades habituales, mucho nos tememos que dé al traste con los buenos deseos de los que fundaron este establecimiento para ayudar a la evangelización de nuestros pueblos latino-

americanos. Un extranjero, que no conoce mucho la manera de ser de éstos, y que defiende ideas tan peregrinas sobre la Iglesia y sobre

el modo de extender la fe, no parece ser la persona más apropiada para realizar como conviene esta delicada labor.

EL P. SANTIAGO GARRIDO QUE FUE MUCHOS AÑOS DIRECTOR DE "ESTUDIOS CENTROAMERICANOS", CUMPLIO 50 AÑOS DE VIDA RELIGIOSA.

Queremos recoger en nuestras columnas la noticia de un simpático aniversario. El día 8 del pasado Septiembre, celebraba el R. P. Santiago Garrido Aranguren, S. J., sus bodas de oro de religioso en la Compañía de Jesús con una misa de acción de gracias en la iglesia de San Ignacio del Colegio Externado de San José en San Salvador. A ella asistió un buen grupo de personas que le conocen y que quisieron testimoniarle de este modo su amistad, uniéndose a él para dar gracias a Dios por los beneficios que le ha concedido durante sus 50 años de vida religiosa. Entre estas personas, además de sus compañeros de Orden, recordamos a muchos sacerdotes, religiosos y religiosas. Otros se adhirieron al homenaje por carta o telegrama. El P. Garrido agradeció a todos su atención con unas sentidas e instructivas palabras.

La revista "ECA" quiere sumarse también a estas felicitaciones de un modo especial, ya que el P. Santiago Garrido, además de continuar ahora como colaborador asiduo y miembro del Consejo de Redacción, fue Director de ella durante los años 1954 a 1962. En sus páginas han aparecido continuamente, pero sobre todo en su periodo de Director, artículos escritos por él sobre temas del ambiente, que quedan en ella como recuerdo de su saber y de sus dotes de escritor. La difusión actual de la revista se debe, en gran parte, a los esfuerzos del incansable P. Garrido por propagarla. En sus frecuentes viajes por los países del Istmo centro americano trabajó, y trabaja, sin descanso por la difusión de la buena prensa.

El P. Garrido es bien conocido también fuera de Centro América. Asistió al Congreso de la Unión Latino Americana de Prensa Católica de Lima (1954) y al regional de Managua de 1958. Asimismo asistió en representación de "ECA" al Congreso Mundial de Prensa Católica de Santander (España) de 1966. En este mismo viaje participó en el Congreso Eucarístico de Munich, en el Sociológico de la Compañía de Jesús de Amberes y en el de Ejercicios Espirituales de Barcelona.

En la actualidad el P. Garrido sigue dirigiendo la revista "El Mensajero del Corazón de Jesús" y "El Pequeño Mensajero", a través de los que propaga la obra del Apostolado de la Oración, como Director Nacional y continúa su labor espiritual en sus frecuentes predicaciones y ejercicios espirituales.

Cuando el P. Garrido vino a Centro América apenas comenzaban las líneas regulares de

aviones. Su viaje lo hizo en un barco alemán hasta Colón, pasó al Pacífico por tren y desde Panamá continuó por mar hasta el puerto nicaragüense de Corinto, llegando a Granada el 24 de Mayo de 1936, donde estuvo dos años como Profesor del Colegio Centro América.

Desde 1938 a 1941 estuvo en Santa Tecla (El Salvador) como Superior de la Iglesia del Carmen y Director de la Escuela Apostólica de San Ignacio, y en 1941 pasó al Seminario de San Salvador, para dedicarse a la formación de los futuros sacerdotes como Profesor de varias materias (entre ellas Historia Eclesiástica y Sagrada Escritura) y Director Espiritual de los seminaristas. Fue nombrado en 1953 Director de la revista "El Mensajero del Corazón de Jesús", que todavía dirige y con la que simultaneó la dirección de la revista "Estudios Centro Americanos" desde 1954 a 1962, según dijimos más arriba.

Entre los discípulos que tuvo durante su estancia en el Seminario se hallan los Srs. Obispos Mons. Gerardo Flórez, Obispo Auxiliar de Quezaltenango y Mons. Núñez Obispo de David (Panamá) y varios sacerdotes que ocupan puestos prominentes en la Iglesia salvadoreña. El Obispo Auxiliar de Managua Mons. Donald

